

Toda la correspondencia

AL ADMINISTRADOR

—=—

RAMBLA DEL CENTRO

Kiosco n.º 3

La Saeta

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

PRECIOS
DE SUSCRIPCIÓN

Semestre . 6 Ps.

Un año . . . 11 »

EXTRANJERO

Un año . . . 17 »

AÑO XI

BARCELONA 1.º DE MARZO DE 1900

Núm. 484



SORPRESA AGRADABLE

REUTLINGER

La vanidad humana

JULIA, 25 años.—EL MARQUÉS, 57 años.

I

MARQUÉS. (*Entrando muy furioso*).—¡Buenos días!

Julia.—¡Jesús, qué gesto! ¿Qué te pasa?

Marqués.—¿Qué me pasa? Que estoy harto de que se burle usted de mí.

Julia.—¡Hola! ¿De usted y todo?, malo; hoy el día está tempestuoso.

Marqués.—Está como debe estar... ¡Julia!

Julia.—¡Qué!

Marqués.—¿Es cierto que has paseado estos días con un joven por la Moncloa?

Julia.—¿Yo? ¡Qué disparate!

Marqués.—Te han visto.

Julia.—¿A mí? No es fácil. ¿Qué iba yo á hacer en la Moncloa?

Marqués.—Allí, no sé.

Julia.—¿Lo vés?, ya comprendes que en el campo no se puede hacer nada malo.

Marqués.—Es que me lo han dicho, y ya te puedes figurar...

Julia.—Pero vén acá, tonto; siéntate aquí, á mi lado. (*El marqués se sienta, Julia cruza*

una pierna sobre otra, dejando ver el principio... de la pantorrilla; lleva medias de seda negra). Mira, rico: tú no puedes dudar de que yo te quiera; sabes que para mí lo eres todo, y que por tí soy capaz de cualquier sacrificio. ¿No soy tuya?

Marqués.—Sí.

Julia.—¿No te he repetido infinidad de veces que te quería?

Marqués.—Sí.

Julia.—¿No he abandonado por tí, sólo por tí, la posición que antes tenía? ¡Oh! ya sé que vas á decirme que el vender horquillas y alfileres en la Puerta del Sol, no es una gran posición. Pues sí que lo es; al fin y al cabo es un comercio, y cuando éste se ejerce honradamente...

Marqués.—Bien, hijita; ¿á qué viene eso?

Julia.—Viene á que no dudes de mi cariño, á que sepas que habiéndome portado como lo he hecho y habiéndolo sacrificado por tí todo, no tienes derecho á dudar.



LA SUBIDA, EN VERDAD, ES ESCABROSA;
¿MAS QUIÉN SUJETA, SEÑOR, Á LAS MUJERES,



QUE NO TIENEN MÁS LEY QUE SU CAPRICHOS
Y SE SALEN AL FIN CON LO QUE QUIEREN?

Marqués.—No es que dude, pero tú tal vez conserves recuerdos, tengas amistades...

Julia.—¿Yo? ¡qué locura! ¿Tú crees que yo dejé de andar por la calle vendiendo, porque me sedujera el lujo que me ofrecías? Nó, hijo, nó; ni el haberme puesto casa, ni el comprarme los trajes que me compras, tener criados y joyas, me han hecho ser tu querida; sí, no hagas gestos: esa es la palabra, si no me hubieras gustado, yo no hubiera accedido.

Marqués.—Es que tal vez mis años...

Julia.—Quita allá; pues si casi eres tan joven como yo.

Marqués.—¡Por Dios!

Julia.—A ver: tus cincuen... digo, tus cuarenta y tantos, casi son iguales á mis veinticinco. Nó, rico, nó, no tengas cuidado; para mí, no hay, no puede haber ningún hombre, tenga la edad que tenga, que pueda compararse á tí.

Marqués.—¡Vida mía!

Julia.—¿Estás ya satisfecho?

Marqués.—Sí, lo estoy; es que me habían dicho...

Julia.—¿Quién?

Marqués.—¡Oh!, amigos en el Casino.

Julia.—Envidiosos de tu dicha.

Marqués.—Ahora lo comprendo, y estoy arrepentido; ¿qué quieres, en cambio de tu perdón?

Julia.—Nada, no soy interesada.

Marqués.—Sí, vamos; ya tendrás algún caprichito.

Julia.—Sí, pero no vale la pena.

Marqués.—Veamos, ¿qué es?

Julia.—Sabes, es que el otro día vi unos pendientes tan bonitos, que me entusiasmaron; pensé que me sentarían muy bien y que tú me querías más si me vieras con ellos, porque parecería más guapa.

Marqués.—No lo necesitas, pero los tendrás.

Julia.—Gracias, por eso.

Marqués.—¿Entonces, hay más?

Julia.—Hay, pero no me hagas caso.

Marqués.—¿Qué es?

Julia.—Es que me pareció el otro día que el vestido verde no iba bien con ninguno de los sombreros que tengo, y, francamente, deseaba otro sombrero.

Marqués.—¿No es más que eso, hijita? Vamos, decididamente eres un ángel; le tendrás, sí; lo que yo quiero es que estés contenta.

Julia.—Y lo estoy; eso que tengo algún remordimiento, porque el sombrero es de mi uso exclusivo, y yo hubiera deseado que fuera algo de lo que tú pudieras disfrutar; por ejemplo, que hubiera sido aquellos encajes, de que te hablé, porque estos son para adornar mis camisas y demás ropa interior; esa

La Saeta

ropa que tú, exclusivamente tú, puedes ver; ya ves: en esto hubieras tú también disfrutado del regalo.

Marqués.—Pues todo puede conciliarse; compraremos el sombrero y los encajes.

Julia. (*Echándole los brazos al cuello*).—¡Eres buenísimo!

Marqués.—Soy como debo ser, y quiero que no me conserves rencor por mis celos de antes.

Julia.—Al revés, eso me enorgullece; lo que me pasa, es que siendo tan complaciente, ya no me atrevo á pedirte lo principal; me parece que abuso.

Marqués.—Nó, vida mía; ¿qué es?

Julia.—¿Sabes? ya recordarás... mi familia... he sabido que mi padre no podía trabajar... que andaban mal de dinero, y...

Marqués.—¡Ah, sí! Bien, no necesitas turbarte tanto; eso es muy legítimo; te voy á dejar dinero: ¿cuánto quieres?

Julia.—¡Por Dios! Lo que tú quieras.

Marqués. (*Sacando billetes de Banco*).—¿Tienes bastante?

Julia.—¡Ya lo creo, es demasiado! ¿A ver? No cierres la cartera: ¿es nuevo este billete?

Marqués.—La nueva emisión.

Julia.—¿De cuánto es?

Marqués.—De quinientas pesetas.

Julia.—¡Qué bonito es! Mira, no le gastes:

y para otra vez que tengas que darme dinero, me lo das; ya tengo deseo de tenerle.

Marqués.—No hace falta esperar á otra vez; tómale.

Julia.—¡Rico! Eres de lo más amable...

Marqués.—Y ahora te dejo; me voy satisfecho, pues salgo de aquí con la seguridad de tu cariño.

Julia.—¿Has podido dudarlo?

Marqués.—Adiós, hijita; hasta mañana.

Julia.—¿No vienes por la noche?

Marqués.—Nó, tenemos sesión en la Academia.

Julia.—Adiós, vidita; hasta mañana.

(*Sale el Marqués*).

II

Julia. (*Escribiendo*).—... «por lo tanto, tengo toda la noche libre; iremos de *ocultis* á todos esos sitios que tú quieres, pero teniendo mucho cuidado, pues ya le han contado al *viejo* que me habían visto contigo. Adjuntas te mando quinientas pesetas; puedes comprarte la capa bordada que querías y con la que estarás guapísimo. Adiós, hasta luego; muchos besos de tu... JULIA » Esto es, y ahora... cuidado; no volveré por la Moncloa. Vamos á guardar el resto del dinero. Que mi difunto padre me perdone.

AGUSTÍN R. BONNAT



—¡CUÁNTAS VECES COPIÓ AMOROSO EL RÍO — APRETADO SU ROSTRO CON EL MÍO!

—¡QUÉ TRISTE AHORA MIRARSE EN LA CORRIENTE, — FALAZ ESPEJO DE LA DICHA AUSFNT.!



MARVILLE

OGERAU

Una Hombrada

HOLA, galopín!... ¿Qué haces!... Hacer que estudias, ¿verdad? Mira: como no te llesves un sobresaliente con muchas campanillas... ¡te deshago! ¿Me entiendes?... Conque, ojito; porque si das un disgusto á tus padres, te esperan tres noches de centinela, arma al brazo, que ya verás, ya verás, grandísimo bergante.

—¡Ay, ay, don León! ¿Que me hace usted daño! ¡Déjeme, por Dios!...

—¡Qué daño ni qué ocho cuartos!

—¡Ay, ay!... ¡Pero, padrino mío; me va usted á dejar sin orejas á fuerza de estirones! Permítame seguir estudiando, porque los exámenes se acercan cada vez más, y quiero que me aprueben para no temer á usted.

—Está bien. Adiós, mamarrachillo...

—¡Ay!... ¡aaaay!...

Tenía lugar esta conversación, amenizada con pescozones, papirotazos en las orejas y coscorrónes amistosos, entre don León Cerverá, coronel retirado de artillería, con dos balazos en el cuerpo, y Luisillo, el vástago de los de González, éstos antiquísimos amigos del anciano militar, que, solterón empedernido, todo

corazón, guardaba su cariño y sus agasajos para el González pequeño, su ahijado de bautismo. Las disputas entre el viejo y el niño eran perpetuas, y si bien el primero satisfacía cuantos caprichos inocentes apetecía la índole voluntariosa de adolescente recién púbero del último, también es cierto que ello quedaba compensado con las rudas caricias que el bueno de don León, vigoroso á pesar de sus años, prodigaba á aquél, como demostración de su paternal afecto.

Luisillo, con ocho ó diez libros de texto á su alrededor, los programas del Bachillerato diseminados acá y allá, sobre la mesa; una lámpara con pantalla prestándole luz, y un cigarrillo fumado á escondidas de papá entre los labios, decía:

«Los manómetros son unos instrumentos destinados á medir la tensión de los gases comprimidos, ó las presiones ejercidas por los... gases...» nó, no es eso...; «las presiones ejercidas por...» (mirando un libro) ¡ah, sí, «por los vapores...!» claro, hombre, á quien no se le ocurre. «Se conocen tres especies: el manómetro de aire libre, el...» etc., etc.; todo esto



LA SUGESTIÓN DEL ABISMO

lo sé de carretilla, divinamente. Vamos á otra cosa, porque la *Física* la voy dominando ya, lo sobrado para *pasar. Geografía...*, para luego...: *Geometría, Aritmética y Álgebra...* para después también, que son asignaturas las dos que hay que repasarlas despacio. ¿Qué hará ahora mi preciosísima Natividad? Tres días, tres eternidades sin verla y sin hablarla, metiéndome en la mollera carretadas de ciencia... ¡Mal haya los libros y los estudios!... ¡Pero siquiera tengo el consuelo de que me quedan quince días más, encerradito entre cuatro paredes! Si puedo hacer una escapada la haré, le hablaré un rato y... á estudiar de nuevo. En fin... (hojeando un programa y luego un volumen). «Cabeza: consta de cráneo y cara; está subdividida en mandíbula superior é inferior: se compone el cráneo de dos parietales, dos temporales, un frontal, un occipital, un esferoides...» etcétera; también el esqueleto me le tengo bien aprendido. *Divino naturalis animalium ab eterna structura indicatur...*; latinajos del tío Linneo que estudiará quien quiera, pero *ego non*; así, en latín. De *Botánica* estoy algo flojillo, pero ¡qué demonio!, en quince días que quedan me atrevo yo á aprender

hasta la *Lógica*, que es lo más difícil que encuentro: porque yo estudiaré hasta conocer bien las asignaturas; es así que al que estudia bien las asignaturas, le dan nota de sobresaliente como una casa. Me parece que el *silogismo* está bien hecho; ahora lo que falta es que los catedráticos no me nieguen la *consecuencia*.

La luz empezó á chisporrotear, anunciando la falta de vida, por la carencia de petróleo, y Luisillo encontró en esto un santo pretexto para abandonar los libros, refugiándose en los mullidos colchones.

Rezó una oración aprendida de su madre; mandó un beso con el pensamiento á su Natividad, y á los diez minutos no se oía en la soledad del dormitorio más ruido que el producido por los vigorosos ronquidos del durmiente.

Y se examinó el día señalado, y tanto le protegió la suerte y tan oportuno estuvo el estudiante en las conestaciones á los catedráticos, que éstos tuvieron por bien hecho el *silogismo* de antaño, sin refutarle la *mayor*, la *menor*, ni la *consecuencia*, donándole un sobresaliente orondo y rotundo que le produjo satisfacción intensa.

Don León, el padrino, que había acompañado á Luisillo hasta la Universidad para presenciar el examen, de contento y placentero que se hallaba, molió á puñadas á su ahijado, abrazándole con magullamiento de huesos; después sacó del bolsillo de su amplio levitón un estuche con un relojillo y su cadena, ambos de oro, y se los regaló al bachiller.

Y cogidos del brazo, fueron los dos á casa del González padre, donde se dió una succulenta comida de fa-



—¡TAN PEQUEÑITO COMO USTED VÉ!

La Saeta

milia, en que hubo lágrimas, risas, besuqueos y algazara, ésta por parte, únicamente, del musculoso coronel retirado.

* * *

Al día siguiente del examen, el padre llamó á Luisillo á su despacho y, entregándole una caja de tabacos, le dijo:

—Oye, Luis: como ya empiezas facultad, has cumplido diez y seis años, y me has demostrado tener aptitud para ocupar un puesto decoroso en sociedad, quiero que te iguales en algo á los hombres. Desde hoy te concedo licencia para que eches humo delante de mí, puesto que sé que fumas, siguiendo la costumbre que parece ley entre los estudiantes.

El bachiller cogió el cajón de vegueros y se marchó á su habitación gozosísimo, sin responder á su padre más que un «gracias» lacónico.

* * *

En seguida que pudo, abrió la caja, se apoderó de un puro, le encendió con grande desparpajo y se fué á pasear una hora, teniendo buen cuidado de no separar el cigarro de la boca, para que las relaciones de sus

padres se percataran bien de que fumaba, y de que fumaba tabaco.

Volvió ya de retirada, cuando en un corro de militares oyó la bronca voz del ínclito don León, que relataba aventuras de campaña.

Trató de escabullirse el jovenzuelo, pero el ojo avizor del coronel topó con él antes de que lo lograra. Aquél escondió el cigarro en la mano por respetos á su padrino, aunque sabía que se lo concedía todo, y se dirigió á éste.

—¡Luisillo, Luisillo! Ven acá y nos iremos juntos. Miró luego á sus colegas y añadió: Aquí tienen ustedes á un muchacho listo, ¿verdad, holgazanuelo? ¡Mire usted que no haberse llevado más que sobresaliente!... A esta pseudo-presentación, acompañó un coscorrón en el cráneo del ahijado.

—¡Pero, padrino!... Cuando digo yo que me voy á quedar tonto con tanto golpe en la mollera...

—¡Tonto tú, cuando eres más listo que Casola?... Cá, hombre; ¡imposible!... Nuevo coscorrón en el occipital.

—Don León, haga usted el favor de dejarme, que me duele la cabeza.



WANDA DE BONCZA

REUTLINGER

—¡Ah!, ¿te enfadas con el padrino? Espera un poco que vas á ver á Dios.

Dicho y hecho: agarróle por ambas orejas y alzó los brazos hasta levantar al bachiller sobre él, á despecho de los violentos esfuerzos que él mismo hacía para desasirse, entre las carcajadas de los mirones.

Y cuando le dejó el veterano, que también reía, llegando á lagrimear por razón de tanta risa, el mozo, saliéndole al rostro vaharadas de ira, volvió á chupar el tabaco y se plantó delante del concurso para decir, cerrando los puños, con la convicción del que aduce un razonamiento irrefutable:

—¡Don León: no me vuelva usted á ridiculizar delante de gente... porque ya fumo!...

EDUARDO MARTÍN DE LA CÁMARA



—¿Y QUÉ HACE UNA CUANDO SE LE HINCHA EL PIE?— ESPERAR, ¿Á QUE SE LE DESHINCHE.

ORGULLO

Hace el César alfombra de su manto,
doblándose al rigor del propio hastío,
que le pesa tal vez su poderío
formado con la sangre y con el llanto.

Vé el Circo en la penumbra y dale espanto;
animar quiere el corazón sombrío,
y busca en vano, porque está vacío,
de Roma en el incendio un nuevo encanto.

Hiera al reir su sangre Mesalina,
le enfurece el cantar de una bacante;
y de la crápula brutal beodo,

la regia coronada frente inclina
al abismo del alma un sólo instante...
y mancha su mirar de cieno y lodo.

CARLOS SAMUEL

MENUDENCIAS

Recuerdo, que siendo niño,
mi profesor me explicaba,
con mil variados detalles,
muchas de las bienandanzas
que para todo el que es bueno
siempre en la gloria le aguardan.
Entre muchísimas cosas:
una dijo, que hoy me llama
la atención, y es la de que
San Pedro es quien *siempre* guarda
las llaves del Paraíso,
y tal creencia me extraña
pues ahora las guardo yo...
¡Son las llaves de tu casa!

JUAN MANUEL GALLEGO



RITA

DUPONT



CAVALIERI

REUTLINGER



CARÁSTOLIS

No se tiene recuerdo en Beneloja, de que haya existido tipo más tranquilo, más dulce, ni de mejor pasta, que el capitán *Carástolis*, que así llamaban los indígenas á don Juan Pichón, por ser aquella su interjección favorita en los momentos de mayor exaltación.

Dueño de regular fortuna, ganada ochavo tras ochavo en todas las latitudes, mandando buque, cuando vió que su cabello encanecía, y que no podía abotonar sobre el prominente abdomen la levita de uniforme, al dar fondo á su barco, en el puerto más próximo á Beneloja, dió, como él decía, *fondo con todas* y se retiró con buen *lastre*, á ser un—también era frase suya—honrado pontón de desecho.

El *lastre*, consistía en unos cuarenta mil duritos en papel exterior que le proporcionaban una vida casi fastuosa. ¡Ya se vé, en Beneloja hay tan pocas necesidades!

Era un gusto el verle, con su sonrisa seráfica, estereotipada en los abultados labios, las manos metidas en ambos bolsillos del pantalón—según perdurable hábito del marino—balanceándose pausadamente sobre las abiertas piernas—otra costumbre de á bordo—y luciendo sobre el rameado chaleco de seda, una desafortunada cadena, que le regaló *Mamea II*, rey de las Sanwich.

II

Así iba nuestro capitán todo desorientado; visitaba la playa todas las mañanas, se enteraba del cariz del horizonte, anunciaba el maestral, el lebeche ó el tramontana, como si los tuviera en la mano, ó bien vislumbrando á lo lejos una vela, se ponía una mano sobre los ojos á guisa de toldadura y exclamaba con seguridad: —«Un *cuatro* que va de la vuelta de fuera.» O: —«Un bergantín que va á poniente.»

Pero... el diablo, que anda suelto, quiso un día que nuestro héroe se cansase de estar solo, pese á sus cincuenta talluditos, y pronto por los ámbitos de la villa corrió la voz de que el capitán *Carástolis* buscaba... ¡novia!

A tuyo sobre mía, las muchachas casaderas dedicaron sus coqueterías al lobo marino, y á la postre don Juan pidió y obtuvo la mano de la chica más guapa de Beneloja. Se corrieron las amonestaciones y el marino se enlazó para siempre con la bellísima Dorotea, pobre, eso sí, pero juiciosa, hasta entonces, y de la mejor familia del pueblo.

Parecerá mentira, pero hemos de decirlo: *Carástolis* ganó en bondad.

III

A los cinco ó seis meses, ya se comentaba por todo y en todas partes que Pichón se sonreía menos, que se volvía áspero y que aquella variación coincidía con la venida de un su hermano, mucho más joven, sino tan rico, que, cosa natural, fuese á vivir con él.

En efecto; don Juan se había vuelto meditabundo, confundía lastimosamente los cuadros con las latinas, y á un muchacho que le tiró el trompo entre las piernas, le *atizó* ¡caso inaudito!, un coscorrón mayúsculo con la añadidura de cuatro ó más pares de *carástolis*.

Salía de su casa, y luego, pasado un corto lapso, volvía á ella con la precipitación del que ha olvidado algo.

Digámoslo de una vez; el marino estaba celoso: ¡sí, celoso de su hermano! ¡Daba éste motivos para tales celos? Si hay que decir la verdad, sí los daba; quizás sin idea pecaminosa de ningún género, pero como la cuñada era un poquitillo coquetona, y él, guapo mozo y un tantico enamorado, había sus más y sus menos; sonrisas, discreteos, miraditas por el rabo del ojo, tontunas, en fin, que tenía colocado al infeliz *Carástolis* en pleno infierno.

Acechaba, celaba, tenía un Vesubio en el cerebro y toda la linfa se le había transformado en ardentísima sangre que le congestionaba el abultado rostro en ardientes oleadas.

A intervalos su mano derecha se enroscaba instintivamente sobre la culata del Smith que llevaba en el bolsillo del pantalón, un velo sangriento cubría sus ojos y... pasaba la tensión nerviosa; su nariz aspiraba un torrente de aire que dilataba su pecho de atleta, una lagrimilla vergonzante se desprendía de sus párpados y caía resbalando sobre la curtida faz.

El desenlace se acercaba á pasos de carga.

La vida se convirtió para don Juan en un martirio, y quiso poner fin á él... un fin trágico, tan trágico como su desventura.

Una mañana que su mujer, como de costumbre, retozaba con toda la viveza de una chiquilla, persiguiendo y siendo perseguida por su cuñado, entró perseguida de aquél en un saloncito, jadeante por el cansancio. Jacobito, el *hermanito*, como ella le llamaba, la asió por las muñecas y la hizo sentar en el sofá, gritando al mismo tiempo:

—¡Te cogí!

—¡Suéltame, loco, me lastimas!

—No te suelto.

Jacobito estaba pálido como la cera. Sus ojos lagrimeaban y apretaba cada vez más.

Dorotea conoció el peligro.

—Suéltame, dijo desfallecida.

Un ardiente beso fué la respuesta.

—¡Oh, qué ganas tenía!... ¡Qué ganas!, murmuró Jacobo.

—¡Y yo!, gritó una voz rugiente á sus espaldas.
 Volviéronse, y *Carástolis*, demudado, terrible, les apuntaba con el revólver.
 Reinó un silencio solemne.
 Jacobito cubrió á Dorotea sin proferir una palabra. Comprendió que era inútil.
Carástolis extendió el brazo; pero como obedeciendo á una fuerza interior, hizo una mueca indescriptible, volvió el arma sobre su cabeza y rodó por el suelo.
 —¡Hermano mío!
 —¡Juan!, gritaron los otros dos arrojándose sobre el suicida.
 Pero éste, con su diuturna sonrisa, aquella sonrisa que ahora volvía á sus labios, parpadeó como si quisiera impedir alguna emoción que le sobrevenía, y con voz que apenas se dejaba percibir, murmuró:
 —¡*Carástolis!*
 Su faz se descompuso y la sonrisa se crispó en sus labios.

BACH. SANSÓN CARRASCO



—¿QUÉ TE HA COSTADO, CONCHA, ESE ADEREZO?
 —CERRAR LOS OJOS Y SENTIR UN BESO.

¡POLVO!

El mármol sepulcral cayó en pedazos,
 y extendiendo los brazos
 abrí la caja; de su fondo obscuro
 surgió un hálito impuro,
 como el que surge al remover el lodo;
 un gemido brotó de mi garganta
 y vaciló mi planta
 cual vacila la planta del beodo.

Aterrado, convulso, delirante,
 viví en aquel instante
 toda una eternidad en un segundo;
 condensóse el dolor sobre mi frente,
 y rodó por mi mente
 con la terrible rotación de un mundo;

y febril y arrastrado
 por un vértigo amante, en mi locura,
 estreché el esqueleto idolatrado;
 y evocando su espléndida hermosura
 y el frenesí de mi pasión primera,
 con extraño y fantástico embeleso
 posé en su boca descarnada un beso,
 y con el beso aquel el alma entera.

.....
 Ya desde entonces la existencia mía
 en vano busca la perdida calma;
 y con yerta y tenaz melancolía
 ¡Sísifo del dolor, llevo en el alma
 la mole abrumadora de aquel día!

ARTURO REYES

Una ingratitude

BOSQUEJOS

BLAS Salazar, á quien los negocios bursátiles han enriquecido, es amigo íntimo de Luis Gómez, que se encuentra en situación apurada, próxima al descrédito, á la ruina y á la miseria, si una mano amiga no le anticipa alguna cantidad para sacarle á flote, salvándole, así como á su familia, del cercano é inminente naufragio que le amenaza. En una palabra, el buque de Luis, desarbolado ya por las continuas y fuertes rachas que le dirige la nube de acreedores que le asedia desde que ha empezado á sospecharse su verdadera situación, hace agua.

En uno de esos momentos de angustia, en que después de haber examinado por centésima vez sus notas y registros y escudriñado los rincones todos de su caja, sólo le quedaba el convencimiento de que la nada era lo que existía á su alrededor, dióse una palmada en la frente diciendo, como Arquímedes: ¡Eureka!, he encontrado á mi hombre; me he salvado. Escribiré á Blas, pintándole con negros y tristes colores mi situación, el horrible porvenir que espera á mi esposa é hijos: no es posible que él, cuyo corazón bondadoso está siempre dispuesto á pres-

tar su apoyo y su bolsa al que se la pide, me deje solo y abatido, no pres-tándome los 40.000 reales que necesito.

Dicho y hecho. Escrita la carta y enviada á su destino, Luis, no pudiendo dominar su impaciencia, baja á la calle, donde se entretiene en contar las piedras de la acera ó las vueltas que da la manecilla de su reloj, en los intermedios en que su investigadora mirada trata de descubrir al portador de la anhelada respuesta.

De pronto su rostro se anima, se ilumina, notándose en él y en pocos momentos todos los cambiantes del arco iris. Acaba de divisar á su criada con un pequeño envoltorio en la mano. Corre hacia ella, se lo coge y corriendo y gritando sube la escalera de su casa, cual podría hacerlo cualquiera de sus hijos.

Por el tacto ha comprendido que el paquetito no contiene una contestación evasiva. Sospecha fundadamente que encierra una colección de retratos de Calderón ó Lope de Vega, perfectamente grabados y que reunidos representan los 40.000 reales salvadores.

— ¡Adela!... ¡Hija mía!... ¡Esposa querida!... Venid, venid, de-



GALANTEO



—¿QUIERES BAJAR, AMIGA?—YO NO BAJO.
—QUE SÍ.—NÓ.—Y SI DIJERA QUE LEOPOLDO

cía gritando con toda la fuerza que á sus pulmones prestaba su entusiasmo. Sí, venid, venid, quiero que lo veáis; que os podáis convencer de la belleza de su corazón. ¡Ah!... ¡Es el modelo de los amigos!... ¡El mejor de los hombres!... ¡Qué delicadeza, qué finura, qué hidalguía!... Esto me anonada, me conmueve, me obliga, sí, me obliga; ¡aquí los tenéis!... Ha consentido; ¿lo véis?... ¡Cuarenta mil reales!... ¡Mi salvación, la tuya, la de todos!... ¡Y en su delicadeza me devuelve hasta la carta que le he escrito! ¡Oh!... ¡esto es admirable!... ¡Ah!... ¡Blas, amigo inimitable!... Si en este momento llegases á pedirme mi hija, te la daría sin titubear... ¡con toda mi alma!... Es preciso que todo el mundo conozca este rasgo de su generoso proceder... ¡Calla!... ¿Llaman?... ¿Quién es?... ¿El vecino?... Que entre... sí, entre usted, don Benito, entre usted... quiero que usted también lo sepa .. no trato de ocultarlo... Sería en mí una villanía... Deseo, pues, que usted conozca la buena y generosa acción de mi amigo Blas... de este amigo sin igual... que me ha salvado el honor y la vida, prestándome 40.000 reales... Ante usted, ante mi familia y ante todo el mundo... prometo solemnemente quedarle reconocido durante toda mi vida... considerándome obligado... Esto, sin perjuicio, como es natural, de restituirle la suma en cuestión... ¡Ah! si me pidiera mi sangre... se la daría; sí, señor, se la daría... No me conoce usted todavía; no sabe usted hasta donde llega mi agradecimiento; pero ya tendrá usted ocasión de juzgarme... Doy mi palabra de honor que sabré cumplir como caballero... Lo juro... ya lo verá usted, don Benito, ya lo verá usted.

Transcurridos algunos meses encontramos á Luis hablando amigable é íntimamente con su esposa.

—¿Has visto á Blas?, le pregunta ella.

—Sí; esta misma mañana. Le he entregado la primera suma á cuenta de los 30.000 reales que...

—¿Treinta mil, dices?... Creía que eran 40.000 los que tan generosamente te prestó...

—No, hija mía, te equivocas. Pero esto importa poco; es cuestión de cifras que nada tienen que ver con el asunto. Además, cuando se trata de un amigo que nos ha prestado un servicio importante, no debe en manera alguna tasarse su generosidad... Así, pues, y para que estés tranquila y segura respecto de mis sentimientos, debo afirmarte que estoy tan reconocido cual si me hubiese prestado un millón. Ha hecho todo cuanto ha podido, todo cuanto

La Saeta

él es capaz de hacer... pero no debo ocultarte, amiga mía, que hoy he quedado un poco sorprendido... Nó, no es esta la frase... Casi desengañado... sí...

—¿Pues qué te ha ocurrido?, pregunta con ansiedad la esposa.

—No trato de rebajar la acción de mi amigo, pero tú comprenderás que cuando se llega á una situación aflictiva, como en la que nos encontrábamos, por muchos esfuerzos que se hagan no es posible rehacerse en pocos meses. Así, pues, no puedo ocultarte que hubiera sido muy útil y conveniente para mí el poder retardar un año, por ejemplo, la devolución de esta cantidad... En fin, te lo digo en verdad, cuando he sacado la cartera del bolsillo y de ella los billetes, creía con toda mi buena fe, que Blas hubiera rehusado; pues muy al contrario, los ha guardado en seguida dentro de uno de los cajones de su caja... ¡Ha sido una decepción!... Paciencia... Estaba en su derecho... ¿Qué quieres?... No todos somos iguales... ¡Ah! ¡son pocos los que tienen verdadera delicadeza de sentimientos!...

—¡Pobre amigo mío! Tienes razón.

—¡Ah!, si hubiera sido á la inversa, te doy mi palabra que no hubiera dejado mi obra incompleta... Pero no importa... Debo recordar el favor de mi amigo y nada más. . . .

—¿Papá, ya recuerdas qué día es hoy?, pregunta á Luis su simpática hija Enriqueta.

—Sin duda. Es el día de tu cumpleaños y para solemnizarlo doy una comida, casi oficial, á la que he invitado á mis mejores amigos.

—¿Supongo que no te habrás olvidado de invitar á nuestro bienhechor? ¿Verdad?

—¿A quién? ¿A Blas? ¡Creo que un día voy á encontrármelo hasta en la sopa! Si llegase á olvidarme de él, vosotros me lo recordaríais. Vuestro recuerdo constante tiene ya algo de impertinente.

—¡Ha sido tan bueno para nosotros, papá!

—¡Bueno! ¡bueno!... Cualquiera que te oyera creería que me ha hecho tocar el cielo con las manos... ¡Por Dios, mujer!... ¡La cosa no tiene tanta importancia!... Diez mil reales no es ciertamente ..

—¡Ah!, yo creía que eran...

—Diez mil y nada más. ¿Lo oyes?

—¡Por Dios, papá, no te incomodes!

—No por cierto; pero empezáis ya á cargarme con tantas exclamaciones y vuestro exage-



ESTÁ Á LA VISTA?—¡CRISTO, Á ESTAS MUCHACHAS
LAS DESCOMPONE Y LAS ALOCA EL NOVIO



—¡NO ME ATREVO Á DAR UN PASO!— ES QUE ESTOY ACOSTUMBRADA
Á QUE EN BRAZOS TU MARIDO— ME LLEVE POR ESTAS CHARCAS!

rado reconocimiento. No puedo coger un plato, abrir un cajón, cambiar de sitio un mueble, ni encender un cigarro, sin que inmediatamente resuene en mi oído la misma palabra, iguales alabanzas. Blas por aquí, Blas por allá. Vamos, esto se va haciendo ya intolerable... Si continuamos así, creo que llegará á mandar en mi casa y ser la causa de discusiones desagradables... Llegaréis á conseguir que reniegue de mi reconocimiento... y de todo... Sé lo que le debo y esto basta... Dejarme tranquilo y no me importunéis más con vuestras jeremiadas.

Encontrándose Luis de tertulia en casa de su vecino don Benito, á los dos años de haber ocurrido el famoso acontecimiento, conversando amigablemente al calor de la chimenea y viendo desvanecerse en el aire las espirales de humo de los ricos tabacos que saboreaban, éste le preguntó sencillamente:

—Hombre, ¿qué sabe usted de su buen amigo don Blas?

—Francamente... no sé... porque hace ya algunos días que no le he visto...

—¿No se tratan ustedes ya?

—Sí...

—Me alegro; porque, vamos... tratándose de un amigo que ha dado á usted una prueba tan patente de su amistad y de la que he visto á usted tan reconocido...

—Y lo estoy; sí, señor. Por más que desde que él me hizo aquel señalado favor, le haya pagado con otros... hasta con exceso, los 200 duros que me prestó en día aciago para mí...

—¿Cómo!... ¿No fueron más que 200 duros?... Lo confieso: estaba en un error... Creía que era mayor la cantidad.

—Quizá Blas se lo habrá dicho á usted para dar mayor importancia á su acción.

—Nó, señor... Puedo asegurar á usted que...

—Me basta, don Benito, me basta. No tiene usted necesidad de excusarse. Sin embargo, no debe usted extrañar mi pregunta, puesto que he sabido que anda por ahí contando lo ocurrido, y abultando la importancia del servicio, con el solo objeto de atraerse la admiración de las gentes... ¡Qué quiere usted, mi querido amigo!... ¡Debilidades humanas!... Desgraciadamente Blas es muy débil, sí, señor... ¡Ah!, si yo hubiera podido sospechar su conducta posterior, no hubiera aceptado de él ni un solo céntimo... Resumiendo: Blas, es como los duros falsos. Buen aspecto, buen sonido, pero por dentro... barro ó plomo.

La Saeta

A los diez años, nuestro celeberrimo don Luis, convertido en millonario, gracias á aquellos 40.000 reales que le prestó el generoso Blas y que sirvieron de base á su fortuna, da una brillante tertulia en un precioso *hotel* que ocupa desde hace algunos meses en el barrio de Salamanca. Inmensos salones, ricos muebles y cuanto el lujo y el gusto pueden reunir, por medio de la varita mágica del dinero, se encuentra en aquella preciosa mansión. El pequeño palacio se halla profusamente iluminado. En un elegante gabinete convertido en *fumadero*, se hallan cómodamente arrellanados algunos personajes ya machuchos, contemporáneos del dueño de la casa, que han abandonado las habitaciones ocupadas por el elemento joven, lamentándose interiormente que sus caras ó su carácter de padres de familia no les permita marcar el compás de una polka, ó dirigir una trasnochada galantería á alguna beldad.

Encuéntranse, pues, reunidos alrededor de las mesas de juego unos, ó formando grupos, otros, entreteniéndose caritativamente en arrancar tira á tira el pellejo de un ausente, de quien se titulan amigos.

De pronto uno de estos respetables señores, dice:

—¿No saben ustedes el acontecimiento del día?... Vean ustedes lo que dice este suelto de gacetilla...—«Ha sido encontrado muerto dentro de una miserable habitación don Blas Salazar, persona respetable y conocidísima en los centros bursátiles, que después de haber gozado de una brillante y desahogada posición, ha quedado arruinado completamente á consecuencia de las últimas oscilaciones de la Bolsa. Se cree que la causa de su fallecimiento ha sido por efecto de una congestión cerebral...»—¿Ya ven ustedes qué cambios y qué vueltas dan la sociedad y los hombres!... ¿Creo que usted le conocía, don Luis?

—No recuerdo bien; pero si no me es infiel la memoria, creo que una vez le saqué de apuros prestándole cierta cantidad que no he pensado nunca en reclamarle.

Estupefacción general en el auditorio.

A algunos parecerá exagerado este ligero bosquejo. Si así sucede, les rogamos que estudien y analicen la sociedad actual, y verán que la gratitud no es virtud que posea la mayoría de los que componen la generación presente. Buscando mucho, podrán encontrar algún otro Blas; pero aseguramos, sin temor á equivocarnos, que Luises los encontrarán sin esfuerzo alguno, puesto que la mayor parte de los que por nuestro lado pasan llevan en su interior el germen de la ingratitud.

A. GARCÍA LLANSÓ



REALIDAD



LECCIÓN DE EQUILIBRIO

STANDARD

Miscelánea

Sospechaba lord Catesby que su esposa sostenía relaciones con cierto caballero.

Salióse un día de su castillo con gran número de amigos para ir de caza, pero al cuarto de hora se volvió atrás, y entrando en su morada por la puerta del jardín, encontró á su esposa con cierto pisaverde de quien él tenía recelos.

Como era el lord hombre de gran fuerza, cogió por la cintura al intruso y le arrojó por encima de la tapia al camino real, diciendo:

—Caballero, dígame usted si desea otra cosa.

A lo cual respondió el otro desde afuera con voz algo doliente:

—Desearía que me echase usted también mi caballo, que está atado en un árbol del jardín.

Porque tenía razón,
quería el pobre Narciso
que se la diese Simón,
y éste dársela no quiso.
—A usted nunca le daré
la razón.—¿Y por qué nó?
—Porque, si la tiene usted,
¿cómo he de dársela yo?

—¿Qué feliz eres, tía!, decía una niña de cinco años á la hermana de su mamá, solterona de cincuenta.

—¿Por qué, hija mía?

—Porque como te quitas los dientes al acostarte, no te duelen de noche.

Charada

El que me *prima tres*
yo le *dos primera*,
gritaba hecho una fiera
el chulo *Pinta*.
Pero la *Todo*,
del golpe que le pega
lo deja loco...

MORENO

Frases gráficas

LINEAS LEER LINEAS

LAMENTOS LAMENTOS

IGNACIO CANAS

Charadas eléctricas

1.^a, 1.^a, Dios; 2.^a, negación. *Todo*, Animal.

1.^a, Nota; 2.^a, 2.^a, fruta. *Todo*, »

1.^a, Consonante; 2.^a, pronombre; 1.^a, 3.^a, tiempo de verbo. *Todo*, Animal.

1.^a, Consonante; 1.^a, 2.^a, tiempo de verbo; 1.^a, 3.^a, dureza. *Todo*, Animal.

1.^a, Consonante; 2.^a, vocal; 2.^a, 3.^a, mineral. *Todo*, Animal.

ANDRÉS DONATO PÉREZ

Jeroglífico comprimido

PI T T E E

M. DEGRIE FERNÁNDEZ

Soluciones á lo insertado en el número 483:

CHARADA.—Caramelo.

FUGA DE VOCALES.—

Mira como varían
mis ilusiones
que eran frescas y hermosas
como las flores.
¡Poquito á poco,
las ves secas y tristes
igual que abrojos!

TERCIO SILÁBICO.—

Ró-tu-la
Tú-ni-ca
La-ca-yo.

Correspondencia

Bruto.—¿Y tal!

D. M. D.—¿Quién le ha dicho á usted semejante disparate? Cuando le vayan con lios así, mándelos á freir espárragos. Agradezco la intención y me río de lo que se dice en ese senado de .. gansos. Que les aproveche.

En cuanto á usted, amigo mío, siga mi consejo: no vuelva á escribir

«y á impulsos de no se sabe qué tremebundo arcano, rueda impaciente sus aguas el oceano.»

Sagitar.—Repetiremos aquel conocido epigrama:

«De escribir salió escribiente,
escribano y escritor:
¿de dónde has salido tú,
maldecido escribidor?»

Aunque bien mirado, la duda no es exactamente aplicable al caso presente. Porque me figuro de donde ha salido usted. De la cuadra.

R. A. I.—Lo que le puedo asegurar es que á mí me parece muy gracioso. Tanto, que voy á transmitirlo casi íntegro.

BULLANGA

(Poema para reirse un rato)

«¿Donde van esos ministriles
arreatados por la luna y el viento,
con trajes de zascandiles
víctimas de un afan violento,
sin escoltas de civiles?
¿Quien lo sabe?—Algun jumento...»

Conviene hacer una aclaración; yo lo ignoro en absoluto, y convendría que nos explicase si está usted enterado ó nó. Por lo de jumento.

«Saltan, bullen, triscan, cantan;
ya se acuestan, ya se levantan
y parecen todos boérs
burlándose de los mistérs.
¿Quién dirá que el sucedido
lo tenemos merecido?...»

Nadie, por cuanto seguimos sin saber de quien se trata.

«¡Qué espectáculo divertido,
que ceremonia más lata...»

¿Ha dicho usted lata? Pues alto la lata... digo, el Poema. Debe usted archivarlo para cuando se vea en la precisión de invitar á comer á cualquiera. De sobremesa se lo suelta usted, y así se cobra la comida. Además, como es *para reirse*, logrará que la digestión resulte agradable.

T. B. O.—Pues para aprender todo lo que usted quiere, ó bien se matricula en el Instituto, ó bien busca un maestro. Usted comprenderá que no me sobra espacio, ni humor para darle á usted en esta sección todo un curso de retórica y poética... tanto más cuanto que, según parece, lo que más le falta á usted, es la geografía postal.

Corcho.—No puede negársele que está usted muy familiarizado con los alcornoques.

R. C. G.—Está muy bien dicho eso:

«A la lucha, guerrero invencible,
llévanos al Parthenón...»

Bueno, y cuando estemos en el Parthenón, ¿qué haremos? ¿Un arroz con pollo? Si lleva la impedimenta Rioja para remojarlo, y los habanos (¿legítimos, eh?) que nos hayan quedado de la rota de Cuba, cuente usted con mi concurso. Estoy pronto á irme con el guerrero invencible, si efectivamente va al Parthenón y no á donde fué Padilla.

N. U.—Otro cantarero:

«No le digas á naide
muñeca mía,
que por haberte dicho hermosa
me diste una gofetá.»

Quisiera conocerla para celebrarle el gusto.

F. L. P.—Mire usted, amigo: está de tal modo expresado lo que usted cuenta, que apostaría doble contra sencillo que lo inserto, lo vé usted en letras de molde, y no entiende usted una palabra de lo que rezan las cuartillas. Figúrese, pues, lo que nos pasará á los lectores, que no las hemos escrito. Yo no he podido pasar de este párrafo:

«Ifigenia desde el suelo, encaramada sobre el sillar,
volando por las nubes, sol lúgubre iluminado en opacas convulsiones de un rodar epiléptico, muerto con entonación sublime.»

Nada, que lo deajo para no volverme loco.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

CRÈME SIMON

à la glycérine

Poudre
de riz Simon



Savon
à la Crème Simon

Maravillosos para la

TOILETTE DIARIA

Preservan el rostro de las influencias del FRÍO, del SOL, ó del alre del MAR. Blanquean y suavizan divinamente el cutis

J. SIMON ♦ 13, Rue Grange-Batelière, 13 ♦ **PARIS**

Tipolitografía Seix: Calle San Agustín, 1 á 5.—Teléfono número 3541.—Barcelona (Gracia)



LA

OSCAR
DE
TRA
OR



20 cents.

Num. 485

